

JULITO POR SIEMPRE

Iván Oñate

En un reciente estudio neurobiológico sobre los mecanismos de la memoria se afirmaba que —detalles más, detalles menos— todos recordaremos lo que hacíamos en el momento que se derrumbaron las torres gemelas. Por mi parte, nunca olvidaré la madrugada en que por primera vez escuché el nombre de Julio Cortázar. Lo recuerdo con absoluta precisión porque esa madrugada todo el mundo asistía a un acontecimiento de igual o mayor magnitud que el derrumbamiento de las torres gemelas: la revolución de mayo del 68.

En ese entonces yo tenía 20 años y estudiaba en la universidad, en Córdoba de la República Argentina. Recuerdo que aquella noche, en una radio de onda corta, con un grupo de compañeros del Colegio Mayor donde vivía, nos pasamos escuchando las vicisitudes de la revuelta parisina. Entonces escuché mencionar el nombre de un *piantado*, de un loco, de un exiliado, de un tal Cortázar que, como todo cronopio, creía ilusamente que esa revolución, como todas las otras revoluciones, podría cambiar definitivamente la historia y la poesía, por fin, podría operar la mutación genética de nuestras soledades.

Desde entonces, me convertí en un perseguidor de sus textos. Maravillado leí su *Bestiario*, *Las armas secretas*, conocí a sus cronopios, a sus esperanzas y a sus famas. Leí sus magistrales y coloquiales ensayos sobre el cuento y la novela. Descubrí su poesía. Pero por algo que no sabía definir en aquel tiempo, siempre pospuse la lectura de *Rayuela*, la novela que habría de cambiar definitivamente el espesor de mi sangre, es decir mi vida.

Un par de años más tarde, sintiéndome un exiliado en mi propia tierra, ya que la dictadura militar argentina había cerrado las universidades y nos había devuelto a nuestros países de origen, me atreví a dar el primer paso y adentrarme en ese universo completamente nuevo que me significó *Rayuela*. Desde entonces, ese libro se transformó en mi *Biblia*, en mi tabla de mareas, en mi

sismógrafo, en mi electrocardiograma y, sobre todo, en mi guía de fronteras. No se podía vivir de otra forma: había que asomar la cara al reto, al extremo, a la pasión, al abismo, a la poesía.

Acompañado por mi Maga y sitiado por las limitaciones de nuestras vidas de estudiantes, comenzamos a vivir en buhardillas, en cuartos de hotel, en pensiones que se desbarataban solas en barrios bohemios. Sin darnos cuenta, habíamos dado un paso, un solo paso y estábamos en un París de *paper maché* ilusorio y yo, como no podía ser de otra manera, me había convertido en Horacio Oliveira.

En ese entonces, era demasiado joven como para saber el por qué de la importancia de ese libro en mi vida. Ahora, si no me engaño, creo saber la respuesta. Ese libro me enseñó a entrever la dura batalla entre la vida y la existencia. El corto circuito que se instala entre el mundo real y el mundo imaginado. Desde luego, de ese electro-shock, solamente nos salvaríamos dando el salto de limalla iluminada. De lo contrario, quedaríamos aletargados como *Famas* tras las lisonjas de la farra.

Ciorán, en su *Breviario de podredumbre* decía: «Muchas veces he soñado con un monstruo melancólico y erudito, versado en todos los idiomas, íntimo de todos los versos y de todas las almas, y que errase por el mundo para nutrirse de venenos, de fervores, de éxtasis, a través de las Persias, las Chinas, las Indias muertas, y las Europas moribundas, muchas veces he soñado con un amigo de los poetas que los hubiera conocido a todos por desesperación de no ser de los suyos». Eso era para mí Julio Cortázar. El amigo que hubiese deseado tener, el maestro al que hubiera recurrido para confirmarle que la realidad era la que copiaba a la literatura y no al contrario. Le hubiera contado, digo, que esa noche, mi primer crío que debía llamarse Rocamadour acababa de morir poco antes de nacer como en un capítulo de Rayuela. Esto era la vida Julito, era la vida. ❀